

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 20 diciembre 2017

Texto de referencia: J. Carrón, ¡Al comienzo no fue así!, supl. de Huellas-Litterae communionis, octubre 2017.

- *Balada de caridade*
- *Be Thou my vision*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

Hola a todos, a los presentes y a los que están conectados por vídeo. Como trabajo para este mes habíamos propuesto verificar cómo hemos vivido el nexo entre el contenido de la Jornada de apertura y los gestos de la Recogida de alimentos y de las Tiendas AVSI, y cómo hemos respondido a la necesidad que hemos percibido por el bien de todos. Han llegado algunas preguntas de personas que no han percibido con claridad cuál es la relación entre los gestos y la fe; los gestos no han sido percibidos como expresión del origen que es la fe, de la que nace la novedad. Por eso esperemos que, a través de las intervenciones de esta noche, podamos marcharnos todos con un poco más de claridad sobre este punto, a través del relato de la experiencia que hemos vivido.

En la última Escuela de comunidad nos invitaste con claridad a que viviéramos los gestos que nos esperaban relacionándolos con el texto de la Jornada de apertura de curso. Cuando lo dijiste yo pensé que era lo habitual (pero no en sentido crítico), y sin embargo me dije: ¿por qué esta vez lo dice de forma tan clara?

¿Entiendes por qué?

Sí.

Porque no es tan inmediato para todo el mundo.

De hecho, me quedé pensando y me di cuenta de que para mí es obvio que existe una comparación entre mi vida y la Escuela de comunidad, está claro en teoría, pero luego en la realidad no incide en la vida. Por eso me entristece ver que, aunque yo voy –de forma quizá poco fiel– a la Escuela de comunidad, toda la comparación consiste en un esfuerzo mío por hacer entrar lo que yo vivo en lo que tú dices o lo que dice Giussani, o al revés. Pocas veces me veo entrando en la vida –en casa o en el trabajo– partiendo de lo que he leído y visto en la Escuela de comunidad. Con frecuencia se trata de un esfuerzo mío, llevando por la fuerza lo que me ha sucedido hacia lo que trato de seguir. La mayoría de las veces mi experiencia cotidiana es víctima de una cierta instintividad y emotividad, y esto me hiere porque la vida es una, es breve, y yo veo a personas que, en cambio, están cautivadas por el encuentro con Cristo y dejan que cada respiro suyo sea para firmar esta relación. Por ejemplo, el domingo fui a las Tiendas de Navidad; me daba vergüenza parar a la gente, no tenía ganas. En realidad lo único que hice fue comprar algo de lo que vendíamos en el puesto porque no tenía ganas de entregar el

Buenas Noticias y de implicarme en esta iniciativa. Sin embargo fui porque, en cualquier caso, me hace bien estar en un lugar en el que se nos ayuda a dar gratuitamente algo para hacer memoria de Jesús. Pero a veces me pregunto qué hace conmigo el movimiento, pues me he vuelto un poco tibia y soy poco tenaz, yo que, en el fondo, deseo amar a Jesús, y sin embargo me veo con frecuencia triste porque vivo sin Él. Me encuentro vacía durante un momento que, sin embargo, es rico, y no porque los gestos no sean adecuados; soy incapaz de adherirme a ellos como me gustaría, de demostrar mi afecto como quisiera, y por eso pregunto quién soy yo y para qué vivo, y me surge preguntarme en dónde me estoy equivocando. Necesito una hipótesis que me permita mirar con tranquilidad y paz también estos momentos. Entonces te pregunto: ¿qué te sostiene –si es que te pasa– cuando parece que la debilidad y el cansancio se imponen a todo lo demás?

¿Quién le responde? La respuesta no puede ser una explicación sin más (que luego también podemos dar), sino que es el reconocimiento de algo que sucede.

En la última Escuela me sentí literalmente llamada por mi nombre; cuando sucede, para mí es inútil escapar, porque cuando Jesús llama a la puerta de esta forma es mejor rendirse enseguida. Comencé mi turno de la Recogida de alimentos con esta pregunta, pero la perdí por el camino poco después; solo notaba que la experiencia de este año era distinta, porque me hallaba en un lugar que me permitía mirar a la cara a las personas sin esa prisa que viene a veces del quehacer, porque sentía que esto no me bastaba. Después sucedió un hecho: mientras trataba de entregar el folleto a un señor y le invitaba a participar con nosotros en la Recogida, él empezó –perdón por la expresión– a vomitar toda su rabia hacia la sociedad, el gobierno, los sindicatos, los inmigrantes; no tenía fin. En ese instante me di cuenta de golpe de que lo que era distinto con respecto al año pasado no era el lugar, sino que yo estaba cambiando porque inesperadamente me veía mirando a aquel hombre igual que el preso – del que nos hablaste la última vez– miraba a los guardias, y entonces no me aparté, sino que le escuché hasta el fondo; solo podía hacerle compañía y no huir, precisamente porque yo soy mirada así cada día. Y sentía que poco a poco su rabia se aquietaba, y esto resultaba posible por una intervención más allá de lo humano. También le hablé del Centro de Solidaridad porque, entre otras cosas, había perdido el trabajo, y le pedí ayuda a otra persona que estaba allí conmigo para ahondar en esta cuestión. Después volvió otra vez a mí; trataba de farfullar todavía, pero concluyó diciendo: «Iré al Centro de Solidaridad de mi ciudad, os conozco», y sonrió. Su cara había cambiado, pero también había cambiado la mía, porque cuando Jesús sucede nos cambia, es imposible no reconocer sus rasgos.

Con respecto a las Tiendas AVSI, tengo todavía en los ojos y en el corazón la experiencia de bien que supuso la Tienda del año pasado. Yo cumplía 50 años, y no quería hacer una fiesta banal, pero fue la mirada llena de certeza de una amiga mía completamente apoyada en Jesús, que es la roca, en un momento verdaderamente difícil de su vida, lo que me movió, y el cumpleaños se convirtió en un gesto en el que el regalo era un donativo para AVSI, porque yo ya había recibido el ciento por uno. Este

año tengo una idea que me ronda la cabeza y estoy segura de que es el regalo que me hace Otro. Veremos ahora qué signo me dará, porque será la realidad, que es Suya, lo que me permita ver cómo actuar y si es para el bien de todos. Te doy las gracias porque sigues ayudándonos en este camino de vuelta al origen.

¿Cómo respondes a la pregunta de la primera intervención? ¿Qué es lo que te ha sorprendido?

Lo que me ha sorprendido es que ha sido un hecho lo que me ha cambiado, y este hecho me ha mostrado al Señor que sucede y me cambia.

Perfecto. Nosotros no somos personas para las cuales el cristianismo es algo generado por un esfuerzo nuestro; no somos nosotros los que creamos el hecho. Tú participas en un lugar y lo primero de lo que te sorprendes es que te sientes distinta. Participando todos en este lugar, con el tiempo, según un designio que no es el nuestro, nos descubrimos distintos. Se trata de una diferencia que has visto en ti no como fruto de un esfuerzo titánico que has realizado, como el resultado de no sé qué entrenamiento. Has sorprendido una Presencia (el punto de partida del cristiano no es el esfuerzo, sino un acontecimiento) que, como le ha sucedido al preso, te ha permitido mirar a esa persona que te estaba vomitando toda su rabia sin saltártela, sino escuchándola. ¿De dónde nace este modo de estar delante del otro? No de ti («solo podía hacerle compañía y no huir, precisamente porque yo soy mirada así cada día»). Uno se ve completamente sorprendido por la forma distinta con la que reacciona frente a las provocaciones de la realidad: «Su cara había cambiado, pero también había cambiado la mía». Partiendo de esto se te ha ocurrido la idea de hacer de la fiesta de cumpleaños un gesto –reunir dinero para AVSI–, que nace precisamente de esta sobreabundancia tuya. ¿Ha sido acaso el fruto de haber apoyado todo en un esfuerzo tuyo? No, es el fruto ante la sorpresa de una novedad que uno sorprende dentro de sí y que se comunica a través de lo que hacemos. Por ello debemos estar atentos, participando en los gestos que nos proponemos, para percibir los datos que surgen en la experiencia.

El día de la Recogida de alimentos no fui porque tenía fiebre. Cuando volvió del trabajo con las bolsas de la compra, mi madre me dijo que se había encontrado en el supermercado a una amiga mía. Yo me asombré de que se hubiesen encontrado en el supermercado porque está lejos de su casa. Entonces me di cuenta de que era el día de la Recogida; me había olvidado y no lo había dicho en casa. En cualquier caso, casi le eché la bronca a mi madre: «Pero mamá, ¿has comprado algo para aportar a la Recogida?». No me respondió. Estaba a punto de irme, aun estando enferma, cuando mi madre me dijo: «No, no, tranquila, al final he comprado algo». Asombrada, le pregunté: «¿Y qué has comprado?». «Un montón de cosas». Este hecho me impresionó mucho: «Pero mamá, era suficiente con un par de paquetes de pasta, ¿no hacía falta que compraras todas esas cosas!», también porque mi madre está sola y tiene que mantener a tres hijos. Me dijo: «Tu amiga, cuando le di la bolsa con lo que había comprado, me dijo: “¡Pero es demasiado!”. Delante de esas palabras me conmoví, porque en realidad lo que es demasiado es todo el bien que he recibido, todo lo que Dios me ha dado. Es esto lo que es demasiado». Y después me dijo: «Durante el recorrido desde el supermercado a casa he tenido ganas de llorar, y ahora también,

escuchándote decir estas cosas». De hecho, me lo decía conmovida. Esto me ha impresionado mucho porque –sobre todo– yo trato las cosas, los gestos, como si bastase ponerles encima una cruz para pensar que los he vivido, y por eso le dije: «Era suficiente con un par de paquetes de pasta». En cambio mi madre, con su sencillez, con todo lo que es, se encontró delante de una presencia, delante de una amiga mía, de una propuesta, dando todo lo que podía, agradecida y consciente de toda mi historia y de la suya. Me llegó incluso a decir: «Si hubiese podido, lo habría dado todo». Esta pregunta aún permanece en mí: ¿qué quiere decir darle todo?

Este será el próximo descubrimiento que haréis tu madre y tú. Pero mientras, para empezar a responder, ¿por qué para explicar lo que ha sucedido has necesitado, o tu madre ha necesitado, tomar conciencia del origen? ¿Cuál era el origen?

Su historia.

¿Es decir?

Todo lo que ha recibido.

¿Y qué ha recibido?

Mucho. Me ha recibido a mí.

Cuando le has apretado un poco para que explicara el gesto tan generoso –decimos nosotros– que ha realizado, tu madre ha tenido que hacer referencia al origen: «Lo que es demasiado es todo el bien que he recibido». Ha sorprendido en ella el origen, no ha separado su gesto generoso del origen; ha sido el origen lo que ha generado ese gesto generoso.

Recientemente he estado en otra ciudad por motivos de trabajo, y me he quedado allí algunos días más para encontrarme con algunos amigos del movimiento. Mientras estaba allí me invitaron a ir con ellos a la cárcel donde hacen la caritativa. Dije que sí. Al ser músico, pensamos hacer un gesto utilizando también la música. Improvisamos un concierto, llevando un piano a la cárcel. Fue precioso ver cómo preparaban el lugar los vigilantes, transformándolo en una pequeña sala de concierto y construyendo incluso un pequeño escenario. Era evidente que se trataba de una novedad incluso para ellos. Mientras iba en coche en dirección a la cárcel, mis amigos me dijeron: «El encuentro que vamos a tener va a ser con los presos protegidos». Yo no sabía quiénes eran estos presos protegidos; luego me dijeron que se trata de personas que han cometido delitos tan graves que si estuviesen mezclados con el resto de presos, estos los matarían. Escuchando los detalles de sus delitos, me preguntaba: ¿qué tengo que tocar para ellos? ¿Qué tengo que decir? ¿Cómo tengo que acogerlos? ¿Qué puedo ofrecerles? Por un lado, no quería juzgarlos reduciéndolos a sus errores. ¿Qué sabía yo de su vida y de su pasado, de si habían sido amados y por quién? Por otro lado, sus errores no eran pocos y no podía ignorar las consecuencias sobre sus víctimas. No sabía muy bien qué decir, qué hacer. Entonces pensé: tengo que mirar a Jesús. En ese momento mirar a Jesús quería decir mirar a las personas que Jesús ha puesto en mi vida, las personas que iban conmigo el coche mientras íbamos a la cárcel. En ese momento pensé: si mis pecados, mis equivocaciones, fuesen públicas, ¿cómo me gustaría que me miraran? ¡Yo quiero ser mirado exactamente como ya he sido mirado, quiero ser amado como ya soy amado! Dios me ha abrazado en muchos momentos, en

muchas ocasiones como yo deseo; yo ya lo tengo todo. Entonces empecé a rezar pidiéndole a Dios: enséñame a amar y a acoger a los presos como Tú me amas. Cuando llegué a la cárcel, los presos ya no parecían solo presos, sino que ya eran mis hermanos; los saludé uno por uno con un abrazo, les di dos besos a cada uno. Lo que me acercaba a ellos era reconocer en ellos la misma necesidad que tengo yo de ser querido. Empecé el concierto. Todas las piezas que elegí hablaban del corazón en sus aspectos más diversos: la soledad, la felicidad, el deseo de ser perdonados, la nostalgia; cosas todas que me interesan a mí y también a ellos. Al final del concierto compartimos la experiencia que habían tenido, y algunos de los presos dijeron algunas cosas. Fue muy emocionante para mí. Uno dijo: «Se ve que eres feliz y que no tienes miedo del sufrimiento». Otro dijo: «Todos vienen aquí con una etiqueta: el educador, el cura, el abogado, el policía; hoy nos esperábamos al pianista, pero enseguida, en cuanto nos has saludado personalmente, hemos comprendido que te habías quitado la etiqueta y que te habías sentado en medio de nosotros». Otro decía: «Las paredes de esta cárcel son el símbolo de mi tristeza, pero en estas horas que hemos vivido juntos me parecía que estas paredes no existían, y tampoco mi tristeza». Al final otro dijo: «En este rato he pensado mucho en mi madre, en las últimas palabras que nos dijo a mí y a mis hermanos antes de morir: “Dejad de decirle a Dios lo grandes que son vuestros problemas y pecados, y empezad a decirlos a vosotros mismos y a vuestros pecados lo grande que es Dios”». Volví a casa de forma rara, no sabía qué decir, me hallaba inmerso en un silencio extraño; era un silencio que me impedía hablar. Como soy músico, he compuesto una pieza para no olvidarme de esta experiencia.

La quería tocar esta noche, pero no ha sido posible traer un piano...

Para mí ha sido como ir a la caritativa: esa experiencia era ante todo para mí, no para ellos.

Perfecto. Y no por un esfuerzo, sino por volver a encontrar el origen. Al no saber cómo mirarlos, has decidido mirar allí donde Jesús se hacía presente. Exactamente igual que Jesús, que no podía mirar fuera de su relación con el Padre a aquellos que estaban delante de él echándole en cara que no bajara de la cruz. Es imposible hacer un gesto así sin el origen, sin que todo el origen esté presente. Después de eso tú has tenido que volver a tomar conciencia de ti mismo: pensando en tu mal, en tus errores, has tenido que reconocer que te gustaría que te miraran como eras mirado en ese momento. Y esto te ha hecho percibir todavía más la urgencia de pedir a Dios que te enseñe a amar y a acoger a los presos como Dios los ama, y te has visto tratándolos no como presos, sino como hermanos. Esto es lo que te ha llenado de silencio. Ha sido un gesto en el que todo estaba unido. Sin ese gesto no te habría resultado fácil hacer memoria. Y sin embargo, ¡qué lejos del mero voluntarismo! Piensa en el bien que ha supuesto para esos presos, y no solo por el hecho de haber escuchado música. ¡Cómo se habrán mirado después, a partir de ese gesto!

El sábado de la Recogida de alimentos mi mujer y yo fuimos al supermercado a hacer la compra por la mañana. Enseguida nos asaltaron cuatro chavales con sus petos, sus folletos, sus bolsas, y empezaron a decir: «¡Señor, señor!». Yo ya estaba preparado para decir: «¡Calma, calma! Ya lo conozco, ya sé de qué se trata», etc., pero ni

siquiera me dieron tiempo. Entonces me puse a reír, un poco sorprendido de su ímpetu, y cedí: «Vale, vale, compraré algunas cosas». Y de ese modo me adentré entre los estantes del supermercado pensando: sí, doce, trece años, ¡qué bonito, qué entusiasmo! Cincuenta metros después veo en el pasillo de la pasta a una anciana que es asaltada por otros tres chavales y entre ellos hay uno completamente entusiasmado, con las mejillas totalmente coloradas, que dice: «Entonces, señora, como ya le he dicho, usted pone los paquetes en esta bolsa, después nosotros lo pesamos, lo colocamos, lo mandamos y luego lo repartimos». Pero la señora no le escuchaba, tenía los ojos literalmente fuera de las órbitas, lo miraba y mientras lo devoraba con los ojos. La anciana lo miraba de forma tan profunda que el chaval se paró: «Pero señora, ¿ha entendido?», le dijo. Pero la señora había entendido perfectamente, ¡y cómo había entendido! Miraba algo que no le parecía verdad, hasta tal punto le parecía verdadero, hasta tal punto la estaba invadiendo. Y también me invadió a mí. Tal vez había pensado en su hijo, o en su nieto que era así, o que deseaba que fuera así, o en ella misma cuando era niña o cuando había conocido algo tan excepcional, o quizá en cómo había buscado algo así durante toda su vida y ahora estaba ahí; lo que siempre había buscado estaba allí delante y le estaba hablando. No sé cómo, pero estoy seguro de que esa señora se daba cuenta de que algo inmenso movía a aquellos chavales, les hacía estar tan vivos en ese momento, tan presentes, los mismos que quizá el día antes, después de dos horas de videojuegos, tenían los ojos adormecidos, los brazos flácidos, pero ahora no. Terminamos la compra y fuimos a la caja con el carro. Delante de nosotros había un sudamericano que había hecho una compra pequeña. Después de pagar se echó a un lado, sacó dos cajas, las puso en una bolsa amarilla y se la dio a los de la Recogida. Pensé: entonces, no es solo sentimiento si te toca incluso el bolsillo. Al terminar la compra, fuimos al mercado que está cerca, en donde compramos habitualmente la fruta y el pescado fresco, y llegamos al puesto de un conocido, un pescadero al que vamos desde hace muchos años. Nada más llegar me dice: «Venga, acompáñame al bar, porque estoy aquí desde las cinco de la mañana y así por lo menos corto un poco». Allí fuimos, y mientras bebíamos algo le conté lo que había sucedido media hora antes y le enseñé el folleto que los chavales me habían metido en el bolsillo. Me dijo: «Desde luego, ¡qué vergüenza, qué asco, qué pobreza hay por ahí!». «Es verdad, pero tenías que haber visto, tenías que ver los ojos de aquellos chavales». Entonces me preguntó: «Pero ¿han recogido algo?». «Creo que hoy en toda Italia recogen toneladas de alimentos; allí, detrás de las cajas, había quince cajas grandes llenas». Y él, que es un auténtico trabajador, lo pesca al vuelo, se asombra y me dice: «Pero ¿por qué la gente da? ¿Cómo es posible?». Se queda un instante callado, y me espeta: «Porque la gente tiene corazón». Y repite, en voz baja: «Sí, la gente tiene corazón, la gente tiene corazón». Pagamos nuestras consumiciones, salimos, y mientras volvemos a su puesto, en un instante total, tras un breve silencio, se vuelve hacia mí y me dice: «¡También yo tengo corazón!». «Sí», le digo casi para defenderme de su ímpetu. Al llegar al mercado, va detrás del puesto, habla con los suyos, me pide que me acerque, me pone dinero en la mano y me dice: «Cuando vayas a hacer la compra, hazla también por mí». Por la tarde, con este acontecimiento en los ojos, fui a hacer mi turno en la Recogida, deseando que fuese para siempre. Los días después vivían en mí

estos hechos, me traían la razón de su manifestación y perturbaban (pero en positivo) la tierra de mi corazón. Y al salir por la mañana de casa, leyendo todo seguido el Cartel de Navidad que he colgado en la puerta de casa, me descubría alegre al leer: «Nosotros tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo, en esa Presencia que, por muy distraídos y desmemoriados que estemos, ya no conseguimos eliminar de la tierra de nuestro corazón –por lo menos no completamente– gracias a la tradición mediante la cual ha llegado Él hasta nosotros». Con este corazón estoy esperando Su llegada, la Navidad, haciendo como el Innominado, estando a su puerta, ofreciendo mi necesidad y la de mis amigos hermanos, invocándolo, esperándolo. Cuanto más se acerca Él, más me doy cuenta de la necesidad que tiene mi corazón de Él. Cuanto más cerca está, cuanto más presente, más cuenta me doy de mi necesidad, algo que normalmente produce en uno vergüenza, rechazo o desesperación. Cuanto más se acerca Él, más cuenta me doy de mi corazón. Feliz Navidad. Gracias.

El otro día, en la Escuela de comunidad el responsable nos preguntó insistentemente: «¿Qué quiere decir para vosotros conocer a Cristo? Ninguno de vosotros se puede marchar de aquí sin haber respondido a esta pregunta». Al ver que iba en serio, yo también tuve que hacer cuentas. Para responder tengo que contar un hecho –puesto que se trata de una pregunta que dura toda la vida–. Una noche volví a casa después de la caritativa (yo llevo la caja del Banco de alimentos a una familia necesitada) y empecé a contarle a mi marido cómo había ido (aquella tarde no había ido especialmente bien), las preguntas que tengo sobre la injusticia que veo en las familias, todas las cosas que nos cuentan, cómo están y cómo aquella tarde había ido con prisas y sin estar abierta a encontrarme con ellos, a estar con ellos. En un momento dado, me dijo: «Soy afortunado de vivir contigo, no dejas fuera ni siquiera un detalle del día, pides lo máximo y lo haces siempre, nunca te conformas y te dejas interrogar por todo lo que te sucede. Para mí esto es envidiable, me gustaría vivir como tú». En ese momento me asaltó un sentimiento de ansiedad y de ahogo increíble, como si me viese aplastada por el reconocimiento de mis capacidades y actitudes, como si estuviese todo en mis manos y dependiese de mi coherencia y de mi mayor o menor capacidad. Todo eso me resultaba insoportable y me encontraba verdaderamente mal. Estaba asombrada por esta descripción de mi persona (yo no me doy cuenta mínimamente de vivir de este modo), faltaba algo, era como si fuese un retrato de mi persona manco, y entonces le dije enseguida: «En realidad no es que yo sea capaz, yo soy así porque me he encontrado con Jesús, que ha cambiado mi vida y me permite mirar todo de ese modo que tú dices que es tan deseable y envidiable para ti. La compañía del movimiento hace que sea algo vivo para mí y me hace estar viva». En ese momento entendí qué quiere decir para mí conocer a Cristo en mi experiencia: no significa conocer a una persona externa a mi vida, fuera de mí, de mi marido o de mi hija, sino quiere decir reconocerlo como verdad de mí misma, porque yo no puedo pensar en mí, en cómo vivo, en las cosas que hago, en las preguntas que tengo, sin Él. Atención: no “sin pensar en Él”, sino justamente “sin Él”, porque no es algo que venga después, como decir que yo existo, con todo lo que sé hacer, con lo que digo, con mi persona y

después además está Jesús; no, yo no puedo decir “yo” sin Él. Este es el grito que ha salido de mis entrañas cuando le he dicho a mi marido que yo no soy mis capacidades porque, como dice el título de los pasados Ejercicios, «Mi corazón se alegra porque tú, Cristo, vives».

¿Qué quiere decir en nuestra experiencia conocer a Cristo? Es necesario dejar esta pregunta abierta, porque en la Jornada de apertura escuchamos a don Giussani decir que, justamente porque nos hemos desplazado del entusiasmo por Cristo, cayendo en una “traducción cultural” nuestra de la fe, la consecuencia –desde que lo leí no se me quita de la cabeza– es que «no conocemos a Cristo» (p. VII). Por eso es muy importante que dejemos abierta esta pregunta y que de aquí a los Ejercicios de la Fraternidad hagamos como has hecho tú hoy: no se trata de “pensar” en qué significa conocer a Cristo –haciendo de Él el objeto de un discurso abstracto–, sino de “ver” dónde y cuándo hemos conocido a Cristo. Después de haber hecho esta verificación, podéis mandar vuestra contribución para ayudarnos a todos nosotros a responder a esta urgencia a la que nos ha empujado don Giussani. Si no lo hacemos, el tiempo de la vida pasará sin conocerlo a Él, y todo se reducirá a un esfuerzo, a algo que tenemos que hacer nosotros, en vez de realizar ese reconocimiento que su Presencia hace posible. Porque reconocerlo «es la verdad de mi persona», has dicho, no es algo que viene después; está primero mi yo y después Jesús, es como si fuese un añadido: «Yo no puedo decir “yo” sin Él». Es necesario conocer a Jesús desde dentro de la propia experiencia, porque el punto de partida es el acontecimiento que está sucediendo en ti. Darse cuenta de esto es lo que hace que la vida sea otra cosa. Y justamente con esta mirada, con esta experiencia, podemos mirar ahora el Cartel de Navidad.

La primera vez que vi el Cartel me surgió enseguida una pregunta: pero ¿dónde está Jesús? Esa misma pregunta me la hizo algún amigo, quizá con una pizca de polémica, con un poco de superioridad. Lo primero que me ha asombrado es que esta misma pregunta, que para alguno era una objeción, para mí ha sido en cambio un acicate que me ha empujado a dar un paso; he reconocido que esta pregunta es mi pregunta: ¿dónde estás? ¿Dónde estás, Jesús? Muéstrate en mi vida, en el día a día, ahora, en mi realidad de ahora, no en mi pasado. Yo necesito que te dejes ver ahora, necesito que te dejes ver ahora. Esto es algo asombroso. La misma pregunta puede describir dos actitudes distintas; uno puede decir: «¿Dónde está Dios? No está. Vale, ya está, se cierra la discusión. No lo veo, no está y entonces basta. ¿Qué Cartel de Navidad es sin la imagen de Jesús?». O bien puede ser lo que te haga dar un paso. La otra cosa que me ha impresionado es que esta pregunta es la misma de tu último libro, ¿Dónde está Dios?; me he dado cuenta de que lo he leído olvidando ese signo de interrogación, como diciendo: vale, ahora Carrón explica dónde está Dios, entonces el problema está resuelto y ya no pensamos más en él.

Y así os perdéis lo mejor, porque lo mejor es lo que habéis escuchado en las intervenciones de esta noche. Tenéis que ver vosotros dónde está Dios, tiene que verlo cada uno de vosotros, no soy yo el que tiene que decirlo en vuestro lugar.

Y esto ha hecho que me entren ganas de retomar lo otra vez desde el principio, porque dejar fuera la pregunta es lo que me mata, ya no sé hacer nada.

Quiero agradecerte el camino que no estás invitando a hacer desde la Jornada de apertura en adelante. Me encuentro en un momento de mi vida en el que, a través de circunstancias que llegan a ser dramáticas, estoy haciendo un camino inesperado que me está cambiando. Parece que en estos meses has decidido insistir justamente en las cosas que mi corazón necesita desesperadamente en este momento. Hay un episodio que me ha permitido comprender la importancia de este trabajo. Recientemente algunos habían criticado el Cartel de Navidad, diciendo que era la demostración de la deriva de CL, porque en lugar de Jesús aparecen los refugiados; he escuchado también a mis amigos retomar esta objeción casi de forma malvada, diciendo: «Desde luego, es el Cartel de Navidad y no aparece Jesús por ningún lado». Como diciendo: «Carrón se olvida una parte. Yo la he visto, pero él no, se ha olvidado de Jesús en Navidad». Durante una conversación sobre este tema, salté en la silla y dije: «¿Pero cómo que no está Jesús? ¡Tíos, miradlo! Si en ese Cartel no está Jesús, Jesús no está tampoco en tu familia, en tu trabajo, en tu grupo de Fraternidad, no está tampoco esta noche entre nosotros. Si en ese Cartel no está Jesús, Jesús no está en ninguna parte». Creo que si necesitamos que aparezca, por ejemplo, un cuadro de Giotto para decir que en el Cartel está Jesús, entonces quiere decir que Jesús en realidad no es algo que sucede en nuestra vida, en las cosas materiales de nuestra vida, no es un compañero tangible en cada minuto de nuestro día, sino que es una cosa sacratísima, pero lejanísima de nosotros. Por eso me surge inmediatamente decirte: «Gracias», pero gracias de verdad, por este Cartel de Navidad, porque me parece que el tema al que nos estás llevando desde la Jornada de apertura (a veces parece casi que tú nos llevas encima), el tema hacia el que nos acompañas es tan fundamental que nos has ofrecido incluso el esquema para entenderlo mejor. Al final, para mí el Cartel es como el esquema sintético de la Jornada de apertura, hasta el punto de que uno lo mira y dice: «¡Pues sí, esto es!». Cuando miro la foto del Cartel veo el fotograma de mi vida, de mi día a día y –¡ostras!– ¡Jesús está! Jesús sucede, ¡y de qué modo! Más aún, solo porque Él está y sucede yo estoy todavía en pie. Te lo digo con conocimiento de causa porque lo veo. En la última Escuela de comunidad una chica decía: «Solo si hago este trabajo Jesús puede volverse familiar para mí: esto es lo que más me apremia, lo que más necesito». Pues bien, para mí es exactamente así, estoy comprendiendo que la contemporaneidad de Cristo, que Él vuelva a suceder ahora, es el motivo por el que quiero consumir hasta el último gramo de mis energías; necesito verdaderamente de ello más que la curación si estuviese enfermo, más que el agua si estuviese muriendo de sed, mucho más. Y tu insistencia en la contemporaneidad y en el ahora es lo que está marcando para mí la diferencia entre tenerlo claro –porque lo tengo claro teóricamente– y vivirlo en mi carne. Es lo que me está salvando de la teoría y lo que está cambiando físicamente, materialmente, mi vida, porque es como tú decías: el acontecimiento es justamente lo que no sabemos de antemano. Me doy cuenta de que gracias a este trabajo en el que tú nos estás guiando, yo puedo mirar el Cartel como he dicho; y me encantaría abrazarte por todo lo que nos quieres. Si yo no hiciese este camino probablemente estaría entre los que tuercen la nariz porque no aparece el cuadro de Giotto. Por eso, gracias. Me doy cuenta de que te quiero como se quiere a un padre.

Nosotros decidimos el Cartel y después vosotros nos explicáis lo que hemos decidido, ¡porque nos lo devolvéis lleno de carne! No se puede descubrir a Cristo y reconocerlo más que como hemos visto suceder esta noche, ya se trate de la Recogida de alimentos o del Cartel, el camino es el mismo: solo quien secunda la propuesta lo descubre y se da cuenta de que necesitaba ese hecho, ese gesto para poder reconocerlo mientras sucede. Por eso esperamos la Navidad con este deseo, con esta urgencia dentro de nosotros: ¡ven, Señor Jesús!

Escuela de comunidad. Una vez terminado el trabajo sobre la Jornada de apertura de curso, volvemos nuevamente a medirnos con el libro de don Giussani *Por qué la Iglesia* que, como podéis ver, está en continuidad de forma sorprendente con lo que nos hemos dicho en estos meses; de hecho, ¿qué hemos visto también esta noche? Que al participar en un lugar somos introducidos –como dice el Cartel: participando en una «historia particular»– en la verdad de nosotros mismos. Para la próxima Escuela retomaremos el tercer capítulo del libro, «Lo divino en la Iglesia», es decir, lo divino en lo humano, trabajando los puntos sobre el magisterio ordinario y el extraordinario, desde la página 239 hasta la 247. En estas páginas don Giussani nos dice que la verdad que transmite la Iglesia se comunica por presión osmótica, participando en un lugar, como hemos visto: «Viviendo dentro de la comunión eclesial, [...], casi por ósmosis continua [prestad atención al “casi”, ¡porque no es mecánico!], dichas verdades penetran, día tras día, de una manera que no podemos calcular, a través de la membrana de nuestra conciencia». Ahora podemos retomar estas palabras con una conciencia nueva, sin dar nada por descontado, por todo el recorrido que hemos hecho en estos meses. Ahora podemos comprender la densidad que estas palabras tienen gracias al trabajo que hemos realizado. Y entonces entenderemos que para participar de la novedad cristiana se necesita «esta fidelidad», dice Giussani, «a la vida de la comunidad eclesial», en la que se comunica un conocimiento último seguro. Nosotros no llegamos a conocer a través de nuestros análisis o del estudio teológico o de la exégesis bíblica, sino a través de la articulación de la vida concreta en sus gestos. Como dice el Concilio Vaticano II: la Iglesia comunica lo que ha recibido de Cristo, se hace presente ante nosotros a través de la doctrina, la vida y el culto, de la totalidad de la vida de la Iglesia. Pero hay una condición (es por esto que subrayaba el «casi»), diré más adelante en el capítulo: «La libertad del hombre es condición esencial para la salvación que obra el misterio cristiano». Para uno, poner en juego la libertad puede significar participar en la Recogida tal como uno es, para ver qué sucede; para otro, ir a la cárcel y volver a casa en silencio, asombrado por lo que ha sucedido. Uno puede hacer las cosas como un esfuerzo o puede hacerlas como un mendigo –incluso de forma desganada, como puede pasar incluso cuando uno va a recibir la comunión–, esperando que Él, por gracia, haga lo demás. La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 24 de enero de 2018 a las 21 horas.

Mi deseo para vosotros en esta Navidad es que os dejéis provocar por el Cartel y por lo que hemos escuchado esta noche, porque no es algo obvio, como hemos visto. Deseo que la Navidad sea la ocasión para volver a tomar conciencia de que solo la historia

particular que comenzó hace 2000 años y que nos ha tocado (a través de este lugar al que pertenecemos que es el movimiento) es la respuesta a la necesidad y a nuestros dramas y los de la sociedad; y es la vida nueva que nace de esta historia lo que podemos ofrecer a cualquier persona con la que nos encontremos por el camino.

¡Feliz Navidad a todos!

Veni Sancte Spiritus